Capítulo 1

Doctrina cristiana de fray Pedro de Córdoba en Nueva España, 1482-1521

MARÍA CRUZ ALONSO*

*Si queremos tributar un merecido agradecimiento
a quienes trasplantaron las semillas de la fe,
ese homenaje hay que rendirlo en primer lugar a las órdenes religiosas,
que se destacaron, aún a costa de ofrendar sus mártires en la tarea evangelizadora;
sobre todo los religiosos dominicos y franciscanos.*

Juan Pablo I, Homilía en Santo Domingo,
Plaza de la Independencia, Jueves 25 de enero de 1979.

Introducción

Con el descubrimiento de América se abrían nuevos horizontes no solo por lo que suponía el descubrimiento de nuevas tierras, sino por la necesidad de evangelizar a sus habitantes. Nuevamente esta misión correría a cargo de la Iglesia, principalmente de religiosos y frailes que se preocuparon de la conversión de los indígenas al cristianismo. Y aunque su labor fue evangelizadora, tampoco desatendieron los aspectos éticos de la conquista y colonización, pues en poco tiempo se convertirían en conciencia crítica para los encomenderos y conquistadores.

Contaban con una amplia formación humanística y teológica, además de una profunda y madura reflexión. Ya en los capítulos

* Profesora de francés en la Universidad Rey Juan Carlos en los grados de Turismo, Turismo y Administración de Empresas y en la Licenciatura de Traducción e Interpretación

generales de la Orden de Predicadores, mucho antes de que fueran enviados los primeros misioneros dominicos a América, se recogía: “Que los frailes viajeros al Nuevo Mundo sean idóneos para la predicación, ejemplares y doctos, a la vez que temerosos de Dios, capaces de anunciar la Palabra de Dios y de confirmarla con su ejemplo”¹. De este modo, los religiosos acabarían siendo los protagonistas de la comunicación entre las dos culturas, la europea y la indígena.

De todos es conocido que a lo largo del siglo XVI las relaciones entre el misionero y el indio no fueron buenas, pues para el indígena el misionero era igualmente visto como un conquistador, de ahí que el entorno le fuera hostil. Estos misioneros recién llegados tenían ante sí gentes de psicología muy diversa a los que poco a poco deberán ir incorporando en su tarea evangelizadora. Indudablemente, no fue tarea fácil lograr el acercamiento entre ambas culturas si se tiene en cuenta el reducido número de religiosos y la enorme variedad lingüística existente en el México del siglo XVI.

Dirigirse a esta población tan variada, ya sean cristianos, no cristianos, españoles o indígenas, exigía a los dominicos llevar a cabo métodos diferentes. En este sentido, Miguel Ángel Medina entiende que existen ciertos matices que diferencian la forma de dirigirse a los diferentes oyentes (1983, p. 80). Así, justifica los tres métodos utilizados por los dominicos ante los españoles: predicación, confesión y corrección de las costumbres; mientras que para con los indios eran nuevos y variados. Su diferencia existencial así lo exigía si se tiene en cuenta que existían indios sometidos o no a los españoles, de ahí que para poder acercarse a ellos, los misioneros utilizaran la persuasión y la defensa o empezaran por ganarse su simpatía y así poco a poco fueron aceptados por ellos.

No mucho antes de que llegaran los dominicos a La Española (1510), el gobernador de Indias, Diego Colón, imponía a los encomenderos la obligación de evangelizar y proporcionar a los indios la enseñanza religiosa. Teniendo en cuenta que apenas había clero, los

1 Capítulo General de la Orden de Predicadores. (1501). Disponible en: <https://goo.gl/4myaVb>

encomenderos asumieron las órdenes impuestas contratando laicos, a quien más tarde se les llamaría *doctrineros*, lo que da a entender que fray Pedro de Córdoba, junto con el resto de los dominicos llegados a La Española fueron los primeros en asumir el papel de *doctrineros clérigos*.

A esto cabe añadir la celebración de un capítulo conventual que tuvo lugar en Santo Domingo donde se decidió que cada domingo y día de guardar, por la tarde y después de comer, un religioso debía predicar a los indios como ya lo hiciera fray Pedro en Concepción de la Vega (1510):

Aprovechó la ocasión Fray Pedro de Córdoba y les habló a todos los presentes de la “gloria del Paraíso que tiene Dios para con los elegidos”, y terminó exhortándolos a que una vez terminados de comer, enviaran a la Iglesia a todos los indios que tenían encomendados. Así lo hicieron todos, y allí sentado en un rústico banco, con la cruz en la mano, Fray Pedro de Córdoba, les hizo el relato —que tradujeron los intérpretes— desde la Creación del Mundo hasta el día en que Cristo fue crucificado para redimir los pecados del hombre. Y como nada en agravio de la conducta de los españoles dijo, fue muy alabado y reverenciado por todos.

Desde entonces se hizo costumbre que los religiosos predicasen a los indios todos los domingos y días de guardar (Barinas, 1985, p. 53).

Poco tiempo hubo de pasar para que el dominico se diera cuenta de que para lograr los objetivos de una valedora evangelización era necesario disponer de un guion que garantizara una sintonía entre los propios frailes. Se hacía necesario crear un hilo conductor por el cual poder conducir la estructura de la *Doctrina*.

Será a partir de este momento cuando los dominicos inicien su labor misionera tomando como modelo el primer sermón pronunciado por fray Pedro de Córdoba. Para Crespo Ponce, este hecho marcará el origen “remoto” de la obra (1988, p. 27). Asimismo, no habla del origen “inmediato”, es decir, la puesta en común de ideas y experiencias

de toda la comunidad que asocia al conjunto de sermones o catequesis dominicales en forma de historia que permitirán a los asistentes conocer las verdades de la fe, los mandamientos, entre otros.

Sin embargo, de poco servirían los métodos de evangelización si no eliminaban las barreras que impedían el acercamiento y la comunicación entre los dos mundos. Los frailes entendieron que para llevar a cabo la labor evangelizadora, la conversión e instrucción de los indios debían derribar aquellos obstáculos que impidieran transmitir la fe cristiana a los indígenas, objetivo que siempre tuvieron presente desde el día en que decidieron abandonar tierras europeas y acercar a Cristo a los habitantes de las nuevas tierras conquistadas. Para lograrlo debían empezar por adentrarse en su lengua y en sus costumbres.

Así los hechos y frente al desconocimiento absoluto de lenguas y dialectos utilizados por los nativos, uno de los primeros recursos a los que echaron mano los frailes fue a la figura del intérprete y, poco a poco, fueron adquiriendo las destrezas necesarias para lograr la transculturación.

Es indudable que el aprendizaje de las lenguas nativas supuso un enorme esfuerzo a la mayoría de los frailes; sin embargo, su tesón y empeño por lograr el acercamiento de las diferentes culturas se materializó en la recopilación de vocablos, términos y expresiones que más tarde verían la luz en doctrinas, confesionarios, catecismos, sermonarios, gramáticas, artes y diccionarios, herramientas de las que se servirá la Orden a lo largo de los siglos para la cristianización de los pueblos conquistados.

Ante tanta dificultad y no menos esfuerzo por parte de los dominicos a la hora de aprender las lenguas de los indígenas cabe preguntarse si no habría sido más práctico que los indios aprendieran la lengua de los cristianos, sin embargo, la respuesta viene dada desde el momento cuando en España apuestan porque sean los misioneros los que aprendan los idiomas y dialectos indígenas al entender que, de esta forma, les llega mejor el mensaje cristiano sin ser conscientes de que esta opción ralentizaría la labor evangelizadora.

Fray Pedro de Córdoba, O.P. (1482-1521): paradigma de la evangelización

Apenas se tienen datos biográficos de fray Pedro de Córdoba. Las primeras diferencias entre estudiosos e investigadores de este dominico se hacen evidentes a la hora de concretar su año de nacimiento. La mayoría lo fija en 1482 (Medina, 1983, pp. 24-25). Natural de Córdoba (España), aunque creció en medio de contradicciones políticas y religiosas, recibió una sólida educación humanística. Realizó aquí sus primeros estudios y más tarde sus padres lo enviaron a la Universidad de Salamanca dada su intención de estudiar leyes, sin embargo pronto la abandonó, pues atraído por la personalidad y forma de vida de los dominicos del convento de San Esteban decidió hacerse fraile dominico.

Comenzó sus estudios de artes, filosofía y teología; profesó hacia el año 1506 y tomó el hábito de la Orden Dominica en 1508. Este mismo año fue trasladado al convento de Santo Tomas de Ávila; desde donde, junto con otros tres frailes dominicos —fray Antonio de Montesinos, fray Bernardo de Santo Domingo y fray Domingo de Villamayor— emprendieron rumbo a las nuevas tierras conquistadas por Colón para realizar la labor de evangelización de aquellos habitantes. El rey Don Fernando, que fue quien promocionó y pagó la expedición, escribía el 20 de noviembre de 1510 a Don Diego Colón, almirante y gobernador de Indias para informarle.

Llegaron a la Isla Española en 1510, en cuya comunidad, defensora de la causa indígena, reinaba el compromiso de cumplir con dos objetivos claramente definidos: proteger a los indígenas de toda esclavitud e introducirlos al cristianismo de forma gradual y pacífica:

Los padres dominicos, que esas partes residen, viendo al buen fruto que su santa doctrina hace, procuran de crecer el número de los que allá hay, e agora van otros ciertos religiosos doctos y personas de muy buena y honesta vida y conciencia, y celosos de Dios nuestro señor, y muy buenos predicadores. Y porque allá querría hacer y fundar algunos conventos y casas de su Orden, yo os encargo y mando que les señaléis

muy buenos sitios y en lugares apacibles para su recogimiento, donde ellos puedan hacer y fundar las dichas casas de su Orden; y en todo los favoreced y ayudad, como su doctrina y buen fruto, que con ellas en esas partes hacen, merecen: que, además de ser en ello nuestro Señor muy servido, a mí haréis mucho placer y servicio (Fita, 2006, pp. 294-295).

Entre 1511 y 1521 discurre su periodo más intenso. Se preocupó por elaborar y preparar material catequético para uso de los misioneros en su labor evangelizadora y que más tarde sería la base de la *Doctrina cristiana para instrucción e información de los indios por manera de historia*, editada por primera vez en 1544 en México por Juan de Zumárraga obispo de esta ciudad.

El 21 de diciembre de 1511 será la fecha que marque un antes y un después en lo que respecta a la misión apostólica de los frailes dominicos. “La discusión y autocrítica de los métodos de cristianización fue algo que se tomó en serio en Indias” escribe Borges Morán (1960, p. 45).

Entre el reducido grupo de religiosos que configuraban la comunidad se encontraba fray Antonio de Montesinos² que será quien pronuncie uno de los sermones más duros de denuncia hacia los abusos que se estaban cometiendo en el sistema de encomiendas esclavizando a los indígenas. Comportamientos, aptitudes, atropellos, en definitiva, hechos inhumanos por parte de conquistadores y encomenderos que llevarían a la desaparición de la población indígena de no ser sacados a la luz.

2 Fray Pedro de Córdoba ordenó que todos los frailes firmaran el sermón que se había escrito, con la finalidad de que quien lo leyera no tuviera que asumir toda la responsabilidad, a la hora de reacción que tal hecho pudiera producir en las autoridades de la Isla. Fray Pedro de Córdoba manifestó que para leerlo el que tenía la voz más potente era Antón de Montesinos [...]. Siendo Adviento se pusieron de acuerdo en que el sermón se pronunciase el cuarto domingo, día en el cual se canta el evangelio donde refiere el evangelista San Juan: “enviaron los fariseos a preguntar a San Juan Bautista, quien era [...]”. Para ese día hicieron una invitación formal al Almirante, y personalmente en sus casas a los oficiales reales, así como a todas las autoridades, letrados y juristas residentes en la ciudad, informándoles que sería tratado un tema que a todos interesaba” (Barinas, 1985, p. 69).

La respuesta no se hizo esperar pues la sociedad colonial basaba sus riquezas en la explotación de la población indígena, así la Comunidad será acusada ante el monarca no solo de los atropellos a las autoridades, sino también de sembrar cizaña en los nuevos campos. Tanto Montesinos como Pedro de Córdoba tendrían que responder ante el rey de las acusaciones recibidas.

Fruto de estos enfrentamientos fueron el nacimiento de las primeras leyes de Indias, pues llegados a 1513, fray Pedro de Córdoba regresó a España para tratar de paliar la situación entre ambos poderes. Tras las conversaciones e intercambio de ideas mantenidas con el rey los dos frailes logran no solo que las leyes de Burgos (1512) se suavicen, sino también la posibilidad de recibir el apoyo y las facilidades necesarias en su gestión apostólica.

A su regreso a Santo Domingo, en 1514, fray Pedro de Córdoba volvió acompañado de quince religiosos procedentes del convento de San Esteban (Salamanca) para continuar con su labor evangelizadora. Su irresistible vocación y su tesón, unido al apoyo y entrega de sus frailes, contribuyeron a la expansión de la fe cristiana por todos aquellos lugares de razas indígenas, llegando incluso hasta Cuba.

Las expediciones se fueron sucediendo con el pretexto de la conversión y catequización hasta que la salud se lo permitió. Y si ya fijar el año de su nacimiento fue motivo de controversias y desacuerdos entre estudiosos e historiadores no ha sido menos concretar el día, mes y año de su muerte, sin embargo la fecha más fiable según Miguel Ángel Medina (1983, pp. 39-54) es la que aporta fray Bartolomé de las Casas fijándola en el 4 de mayo de 1521 en La Isla Española (actual República Dominicana).

La *Doctrina cristiana* (1544): un legado para la evangelización

Son muchas las hipótesis que surgen a la hora de determinar cuál pudo ser el origen de la *Doctrina cristiana* de Pedro de Córdoba. En el prólogo que Josep Ignasi Saranyana dedica a la obra de Crespo Ponce (1988) nos refiere que la fuente de inspiración para la elaboración de la *Doctrina* fue la experiencia de los propios dominicos, y es lógico que así sea dada su dedicación y experiencia en la formación a los indios. Pocas dudas ofrece tal aprobación si tenemos en cuenta que carecían de medios, y con la única herramienta que contaban era su sólida y fecunda formación que transmitirían a los habitantes del lugar de forma oral a través de los sermones con la finalidad de “predisponerlos a la conversión” (p. XV). Será a comienzos del siglo XVI con la aparición de la imprenta en México cuando estas doctrinas, sermonarios y catequesis empiecen a editarse.

La *Doctrina cristiana para instrucción y formación de los indios, por manera de historia*, como parece que pudo ser intitulada, posiblemente sea el catecismo más antiguo que se conserva redactado en América, si excluimos los pictóricos. Preocupado por la salvación del hombre, fray Pedro de Córdoba fue capaz de diseñar una obra sencilla, clara y bien estructurada para ser comprendida y aceptada, mimbres que le permitirían estar más cerca del nativo a la hora de exponer la fe, además de ser el manual de predicación del que se servirá la comunidad dominica. Medina atribuye a esta obra un doble valor: labor evangelizadora y defensora del indígena.

Como ya se ha dicho en repetidas ocasiones, se sabe que el método y los contenidos llevados a cabo por los dominicos en América y por primera vez expuestos en la *Doctrina* fueron fundamentalmente catequísticos, aunque difiera de otros de la época presentados como una sucesión de preguntas y respuestas. Baste con detenernos en el título completo *por manera de historia* para comprobar que fray Pedro de Córdoba entiende la fe como una “historia de salvación”.

Se cree que fue redactada alrededor de 1520, aunque la primera edición no aparecerá publicada hasta 1544 en México en la imprenta de

Juan Cromberger. La financiación estuvo a cargo del arzobispo Juan de Zumárraga quien además de pagarla se la recomendará a los misioneros. Sin embargo, no solo Zumárraga gozaba de gran autoridad en el lugar, también en Betanzos era reconocida su valía llegando a ser provincial de los dominicos, además de ser su director espiritual.

El hecho de que apareciera la firma de los dos en el colofón de la obra planteó el problema del autor, pues hay constancia de que fray Domingo de Betanzos, además de escribir el colofón en tercera persona hiciera también algunos añadidos para uso personal:

El cual [el Obispo] pide y ruega mucho a los padres religiosos que entienden en la instrucción de los indios [...] procuren de les predicar y hacer entender esta doctrina [...]. Y esto encarga el dicho Obispo a los religiosos [...], y les pide por caridad que el catecismo tengan especial cuidado (Crespo, 1988, p. 30).

Nos refiere Luis F. Téllez que siendo consciente fray Pedro de Córdoba de las limitaciones de los indígenas, el fraile “se impone un estilo de catequesis”, un estilo “simple y llano” que poco a poco va calando entre la Orden para bien de los humildes y que dejará por escrito a petición de sus compañeros. Es posible que leído y releído este manuscrito, los frailes decidan y se atrevan a incorporar algunas ampliaciones, bien porque echan en falta temas, bien porque los que hay estén incompletos:

Es una síntesis de las catequesis, pláticas y sermones de mayor provecho y resonancia, con los cuales Fray Pedro y sus cohermanos han irrigado el caribe, durante la segunda y tercera década del siglo dieciséis, reunidos, al cabo, en volumen armónico para ser llevado a otras latitudes, y utilizado por otros predicadores (Téllez, 1992, p. 155).

Son muchos los estudiosos e historiadores que han llegado a la conclusión de que todo el material acumulado por fray Pedro de Córdoba en La Española sufriera alguna modificación o cambio en el momento

de su impresión pensando en el público a quien iba a ser dirigido. Según Salvador y Conde:

Nos basamos en para dar este parecer en que, según la manera de obrar ordinaria, cuando en una obra aparecen dos firmas o autores asociados, suele haber trabajado más en ella el que es inferior y tiene menos ocupaciones. En esos casos suele ser obra casi exclusiva del co-autor inferior y la firma del superior suele ir para autorizarla con su dignidad. Este es el caso presente: Zumárraga era el Obispo y tenía muchas ocupaciones provenientes de su mismo cargo; Betanzos podía encontrar más tiempo para ese fin dejando algunas ocupaciones más urgentes (1946, p. 329).

Subraya Téllez que la *Doctrina* de fray Pedro de Córdoba “es una especie de manual para doctrineros, utilizable asimismo por los españoles ya iniciados [...] hecha a base de sermones breves y compendiosos” (1992, p. 157). Coinciden los analistas en señalar que el hecho de que el dominico eligiera la forma de diálogo para ser escrita obedece a su experiencia personal tras comprobar que era la forma más práctica de hacerse entender.

Lo que sí parece probable es que la *Doctrina* se escribiera en La Española dados los elementos que hacen referencia a la religión de los naturales. Recoge Ángel Medina que aunque el autor material de la *Doctrina* fue fray Pedro de Córdoba, como así se refleja en la portada de la edición de 1544, “compuesta por el muy reverendo padre fray Pedro de Córdoba [...] y otros religiosos doctos de la misma Orden” (1983, p. 189), también tuvieron que ver en esta obra las posibles intervenciones de otros religiosos. Por tanto, se puede afirmar que hay un autor principal, fray Pedro de Córdoba, y autores secundarios, que serían frailes dominicos.

Es lógico pensar que al tratarse de una comunidad procedente de los conventos de Salamanca y Ávila intentara poner en común y en beneficio de los pueblos indígenas no solo su experiencia de fe y de Dios, sino también su enorme bagaje cultural.

Ante la pregunta de quién tuvo una mayor influencia en la edición, tanto para Medina como para Salvador y Conde las respuestas dadas, aunque son diferentes, se complementan. Que fray Domingo de Betanzos y fray Pedro de Córdoba hubieran estado mucho tiempo juntos en La Española, unido a su estrecha relación, hace pensar que Betanzos recibiera como herencia los manuscritos de Córdoba.

Como ya se ha dicho con anterioridad, investigadores y estudiosos de la labor evangelizadora de los dominicos nos refieren que en un capítulo conventual celebrado en 1511 en Santo Domingo quedó recogida la decisión de que un religioso predicase a los indios cada domingo o día festivo por la tarde después de comer como ya hiciera con anterioridad fray Pedro de Córdoba a su paso por Concepción de la Vega. Este hecho corrobora la decisión de los religiosos de organizar las predicaciones basadas en un esquema, pues de esta manera facilitaban la comprensión a los asistentes.

Aunque sin pruebas que lo confirmen, Medina llega a la conclusión de que la *Doctrina* pudo ser fruto de la necesidad de aunar fuerzas en la labor evangelizadora de los dominicos en México y por tal motivo se elaborara una doctrina para todos los misioneros:

Pensamos, pues, en la posibilidad de que en su origen no fuera una *Doctrina* redactada, sino un conjunto de sermones o grupo de catequesis dominicales, realizadas según un esquema y en forma de historia o exposición continua, que tenía como fin llevar a los oyentes progresivamente a un conocimiento razonado de las verdades de la fe, mandamientos, etc., sin utilizar fórmulas aptas para la memoria y consiguiendo al mismo tiempo una fácil compensación y convencimiento (1983, pp. 186-188).

En definitiva, todo parece confirmar que la *Doctrina* de Pedro de Córdoba es el reflejo de la experiencia evangelizadora de los que, como él, un día decidieron salir de España con rumbo a las tierras conquistadas para llevar la fe cristiana a los indios del lugar, para “predicar la salvación de los naturales”.

Buceando más en el tema se encuentra que, respecto a la edición de 1544, casi todos los autores están de acuerdo en afirmar que muchas de las explicaciones que aparecen, no pertenecieron a la *Doctrina* original de fray Pedro de Córdoba. Según Ángel Medina se trataría de “adiciones” llevadas a cabo en México (1983, p. 200). Estas afirmaciones se sustentan en todo lo referente a sacrificios y ritos mexicanos, pues no tiene mucho sentido si tenemos en cuenta que fray Pedro de Córdoba no estuvo en México, por lo tanto, difícilmente pudo conocer la religión de los mexicanos.

Otra de las razones que argumentan los autores para afirmar que se hicieron adiciones en el texto hace referencia al microtema al final del cual aparece una breve conclusión; pues bien, en este caso la adición es intercalada en la misma conclusión. Sin embargo, no parece estar tan claro que sean adiciones a la *Doctrina* original, las referencias al culto, a los sacrificios o a las creencias mexicanas (Medina, 1983, pp. 199-208).

Por todo lo expuesto, se entiende que la finalidad de esta obra no era editorial como argumenta Ángel Medina, “sino como una obra en continuo proceso de revisión”, en función de las experiencias recogidas por los misioneros. El ejemplo se encuentra en la edición de 1548 cuya “base sería aquella común a su tiempo” con un método nuevo “siempre dispuesto a cambios y retoques” (Medina, 1983, p. 221).

Otras ediciones de la *Doctrina*

Según los historiadores y estudiosos de la obra de fray Pedro de Córdoba no parece que las dos ediciones de la *Doctrina*, la de 1544 y 1548, fueran las únicas. Se recuerda que, con el fin de promover la buena gestión y gobierno de las diócesis de las Indias, se reúne en México, en 1546, la séptima junta eclesiástica o congregación de obispos donde se acuerda la redacción de dos doctrinas, una breve y otra más extensa, pues hasta la fecha de este encuentro ya se habían impreso en México otras doctrinas por orden del obispo Zumárraga. Será en esta junta donde los obispos decidan tomar como doctrina breve la *Doctrina cristiana breve traducida en lengua mexicana* de Alonso de Molina y publicada en México en 1546; y como doctrina larga la *Doctrina cristiana*

de fray Pedro de Córdoba. Este hecho llama la atención, pues cuando aparece publicada en 1544 figura en el colofón el reconocimiento de “breve y llana” (Crespo, 1988, p. 33).

Respecto a los ejemplares de la *Doctrina* de 1548, los autores que han tratado el tema llegan a la conclusión de que se conocen, al menos, otros tres; un ejemplar completo reeditado por Millares Carlo en 1954, otro incompleto que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, y el tercero que sería “un texto manuscrito de la obra entera hecha en 1775, que García Icazbalceta poseía entre sus libros y aunque le faltaban folios [...] le sirvió para conocer parte del prólogo y las primeras líneas del colofón” (Crespo, 1988, p. 83).

Llegado el año 1550 se editan dos ediciones más, una en febrero y otra en abril, tal y como se refleja en los respectivos colofones. Pudiera pensarse que el hecho de que aparecieran ediciones tan seguidas fuera por expreso deseo de los libreros o editores para que parecieran más modernas, bien por el interés de cambiar las portadas o cualquier otro motivo, sin embargo, tras el estudio exhaustivo de los ejemplares se comprueba que, aunque se trata de ediciones semejantes entre sí, las dos son diferentes no tanto en contenido como en la forma (Salvador y Conde, 1946, p. 336).

Todo parece indicar que la razón por la que aparecieron las dos ediciones tan seguidas se debiera al éxito alcanzado por la edición de 1548. Posteriormente, han seguido apareciendo ediciones en 1944, 1945, 1970, 1984 y 1987 (Crespo, 1988, pp. 39-40).

Nuevamente, al tratar de comparar las ediciones de 1548 y 1550 con la *Doctrina* de 1544, Ángel Medina habla de la “novedad de método” (1983, p. 199). Una novedad que consistiría en colocar al principio de estas *Doctrinas* una “doctrina breve”. Se estaría ante “una novedad de método que en nada disminuye la edición de 1544”, si bien al contrario, sería tratar de adaptarse a las *Doctrinas* de otros autores como Zumárraga, Molina, entre otros. Sin embargo, estas ediciones (1548 y 1550) en ningún caso serían consideradas reediciones de la *Doctrina* impresa en 1544, pues aunque se trate de ediciones revisadas y traducidas de la primera, la base es la misma, de ahí que las considere “traducciones y compilaciones” de aquélla.

En lo que concierne a la estructura, y con el fin de facilitar la predicación, la *Doctrina* (1544) se presenta en lengua latina dividida en cuarenta sermones breves y cada uno de ellos introducido por una frase de la Sagrada Escritura, a estos se añade la traducción al castellano y al náhuatl, cuya extensión en cada una de las lenguas no excede folio y medio, si bien con alguna modificación. La *Doctrina* de 1548 consta de un prólogo, una tabla donde se señalan los contenidos, un silabario, oraciones como el Padre Nuestro, el Credo, el Ave María, y otras, doctrina breve y compendiosa, Yo pecador, sermones numerados del I al XL, colofón y fe de erratas.

Esta *Doctrina* supone una síntesis de la fe católica y una reflexión teológica de los dominicos en sus primeros años de evangelización en el Nuevo Mundo lo que ratifica que se mantuvo alejada de cualquier influencia o corriente europea.

Es indudable que se está ante un texto que, aunque fue diseñado para la predicación como apoyo y base de los frailes dominicos, se presenta en forma de historia, siguiendo la narración bíblica. Es una historia relatada de forma sencilla y clara que trata de transmitir la fe con gran esfuerzo por adaptarse a la idiosincrasia de los habitantes del lugar (Otero y Ferrer, 1990).

Sin embargo, como ya dejara dicho fray Juan de Zumárraga en el colofón de la edición de 1544, “Y esta doctrina [...] será de mucho fruto [...]. Y mucho más si se traduce en lenguas de indios, pues hay tantos dellos que saben leer” (Crespo, 1988, pp. 36-37).

En el prólogo de esta segunda edición los mismos dominicos reflejan la necesidad de “una Doctrina para la salud espiritual de los indígenas”, pues el hecho de que la primera edición estuviera editada en castellano limitaba el acercamiento de los indígenas. Una vez más se ve la influencia de los acuerdos tomados en la junta de obispos de 1546.

Aprendizaje y difusión de las lenguas indígenas

De todos es conocido que a lo largo del siglo XVI las relaciones entre el misionero y el indio atravesaron momentos de enormes conflictos. No es extraño que hubiera esa desconfianza hacia el misionero cuya

figura era inexistente en su concepción del mundo, de la cultura, de la religión, de las costumbres, entre otras. Dos mundos encontrados y de idiosincrasia tan diversa, que nada hacía presagiar el acercamiento entre ambos, y menos aún si se tiene en cuenta el problema de la lengua, su mayor barrera. El misionero tenía ante sí dos escollos que no parecían de fácil solución: por un lado, el número tan reducido de religiosos; y por otro, la enorme variedad lingüística existente en el México de dicho siglo.

Entre los “métodos misionales” llevados a cabo por los dominicos estaba el aprendizaje de las lenguas y doctrinas religiosas cuyo fin primordial era tratar de alejarlos de las supersticiones y así introducirles en la fe católica. Además, incluían la reducción de las lenguas indígenas a “método y arte” mediante la redacción y publicación de gramáticas, fundación de escuelas, publicación de doctrinas cristianas, sermonarios, entre otras. Sin embargo, el foco de atención lo pondrían en los niños recogidos en sus conventos quienes, además de ser los primeros evangelizados y a su vez grandes evangelizadores, fueron de gran ayuda en el aprendizaje de las lenguas convirtiéndose en sus maestros (Fernández, 1994, pp. 134-135).

Según se recoge en el prólogo de Crespo, (1988 pp. XII-XIII), la *Doctrina* fue el catecismo oficial de la Arquidiócesis de México, de ahí que se considere una obra catequética, preparada por la comunidad dominica una vez instalada en La Española, dada la similitud que guardaba con las múltiples “doctrinas” existentes en España entre finales del siglo XV y comienzos del siglo XVI.

Para Crespo (1988) la *Doctrina* de fray Pedro de Córdoba no responde a una pauta catequética, sino más bien a “una tradición medieval, inspirada en las *Decretales pseudoisidorianas*” de gran arraigo en la Universidad de Salamanca, donde se pretendía enseñar primero en la fe para mostrar más tarde la fe cristiana y concluir con la enseñanza de la sacramentología, aunque la fuente de inspiración de la que pudo beber Pedro de Córdoba se cree que fuera Francisco de Vitoria, pues regresa a España en 1523, y no Santo Tomás, cuya influencia llegaría mucho más tarde (Crespo, 1988, p. XIV). Teniendo en cuenta que la obra estaba redactada en castellano, cabe pensar que fuera de uso exclusivo del sacerdote o catequista.

Sin embargo, la edición bilingüe de 1548, además de servir como fundamento de la fe católica, lo fue también como manual de aprendizaje de lenguas y destinada a los auxiliares seculares o lenguaraces que dominaban la lengua de los nativos:

[...] para los que quisieran deprender la lengua mexicana, o también para los naturales que quieren asimismo aprender la lengua española: que más fácilmente la deprenderán tomando una sentencia o dos más, que tomando un vocablo o dos más. Ítem para las personas que tienen pueblos encomendados, en los cuales no hay religiosos que les prediquen, podrán decirles cualquier cosa que les pareciere, de las que aquí se contienen [...], con que haya una persona que sepa leer para que les lea en su lengua lo que quisiere el que los tiene a cargo (Salvador y Conde, 1946, pp. 332-333).

Tarea nada fácil para los religiosos, el aprendizaje de las lenguas del lugar, pues nada tenía que ver con el castellano y el latín, siendo éstas las que verdaderamente conocían. Este hecho explica que, en los primeros intentos, la comunicación fuera mediante gestos, señas e incluso dibujos y hasta no lograr un dominio de la lengua indígena trataron de enseñarles las principales oraciones en latín:

Lo primero que en las escuelas les comenzaron a enseñar lo que al principio se enseña a los hijos de los cristianos: conviene a saber, el signarse y santiguarse, rezar el Pater noster, Ave Maria, Credo, Salve Regina, todo esto en latín (por no saber los religiosos su lengua ni tener intérpretes que lo volviesen en ella: lo demás que podían, por señas (como mudos) se lo daban a entender (De Mendieta, 2016, p. 217).

Estos primeros pasos, en tan grande diferenciación lingüística, fueron dados de la mano del intérprete. Comenta Medina (1983) que “la importancia de aprender la lengua quedó demostrada ante la necesidad de utilizar ‘lenguas’ o intérpretes para poder predicar” y añade que el mismo fray Pedro de Córdoba cuando tiene que responder al

interrogatorio iniciado por Rodrigo de Figueroa, dice: “hasta agora harto se ha hecho en deprender la lengua para entenderlos y que los entiendan” (pp. 86-87).

El esfuerzo por hacerse entender provocó en los misioneros cierta inseguridad, problema que quedaría resuelto con la figura del intérprete que tenderá un puente de comunicación entre ambas culturas sobre todo en lo que a predicación y confesión respecta. Sin embargo, aun reconociendo el gran papel que ejercieron durante los primeros años de evangelización, los religiosos no tardaron en reaccionar y comprender que para llegar mejor al indígena era fundamental aprender su lengua, solo así podrían garantizar una perfecta comunicación. Así pues, se puede hablar de un método provisional, pues en ocasiones, se producían numerosas inexactitudes y en lo que atañe a la administración de los sacramentos, como en el caso de la confesión, se perdía la confidencialidad y la intimidad:

En esto de las lenguas se tenga consideración de lo mucho que importa á los Religiosos desta tierra aprendellas, porque el principal fructo que en estas ánimas han de hacer es con las confesiones y predicaciones, como en todo el mundo lo hacen, las cuales cosas no se pueden ejercitar sin saber la lengua de los naturales (García, 1892, p. 73).

Su bagaje cultural —conocían el latín, el griego y el hebreo— les será de gran ayuda para el aprendizaje de las diferentes lenguas de las tierras conquistadas; un aprendizaje que a pesar de ser lento y costoso, poco a poco y con la ayuda de los niños acabarían por descubrir los secretos de la lengua indígena y los niños, descubrirían el español. La compensación a este esfuerzo pronto se vio reflejada en la publicación de gramáticas, diccionarios, doctrinas, y otros. De ahí que la *Doctrina* de fray Pedro de Córdoba sea un verdadero instrumento de evangelización para la población indígena y de aprendizaje de lenguas para ambos.

Modo de evangelización

Es necesario remontarse a la Edad Media para comprobar que ya desde entonces la órdenes mendicantes realizaron un enorme esfuerzo a la hora de ejercer el apostolado entre los fieles cristianos. El tesón y empeño de los misioneros por defender y difundir la fe cristiana tendrá su continuidad a lo largo de los siglos.

El descubrimiento de América trajo consigo la necesidad de evangelizar a las nuevas poblaciones descubiertas. Esta necesidad de evangelización jugó un papel importantísimo a la hora de otorgarle a España las nuevas tierras descubiertas, ya que la conversión al cristianismo de las personas que allí habitaban era la única justificación posible de la conquista, situación que traería aparejada la necesidad de comunicarse y de lograr un entendimiento mutuo entre los misioneros e indígenas.

A su llegada a La Española y demás islas, los dominicos se encontraron con una de las mayores dificultades para la evangelización, no tanto por lo que suponían las diferencias socioculturales entre los recién llegados y los indígenas, sino por el régimen de desigualdad e injusticia establecido por los españoles para con los indios (Medina, 1983, p. 119). Esta situación exigirá conversaciones y acuerdos que fijarán la condición esencial para su evangelización y el mejor camino para llegar al alma de estos pueblos.

Ante un ambiente tan hostil cabe preguntarse entonces ¿qué método utilizaron los dominicos para eliminar esas barreras o, mejor aún, para atraer al indio? Es obvio pensar que por tratarse de oyentes diferentes, ya fueran de La Española o del resto de las islas, el método que aplicaran debía ser el mismo para todos. Y quizá esta fuera la clave con la que, a medida que iba transcurriendo el tiempo, fueran ganando adeptos.

Creyeron fundamental dirigirse a “su público” con términos que les hicieran sentirse cercanos, próximos, lo que Medina llama “método positivo”. Era necesario adaptar la predicación a las exigencias indígenas, adentrarse en sus vidas y poco a poco ir ganando confianza, condición *sine qua non*, para atraer al indio hacia sí y hacia la religión cristiana. Sirva como ejemplo este extracto de la obra de fray Pedro de Córdoba:

Muy amados hermanos: sabed y tened por muy cierto que os amamos de mucho corazón y por este amor que os tenemos: tomamos muy grandes trabajos viniendo de muy lejanas tierras y pasando grandes mares: poniéndonos a muchos peligros de muerte por venir a ver (Córdoba, 1945, p. 64).

Evangelizar suponía no solo salir de su entorno, abandonar su tierra, su país, para enfrentarse a lo nuevo y a lo desconocido. Enfrentarse a una mentalidad, a un carácter y a una condición nueva y diferente a la europea. Eliminar estas barreras suponía dejar de ser “uno mismo”, aceptar lo nuevo, compartir y convivir, comprender y aprender, respetar y escuchar, intercambiar culturas, permitir el acercamiento del “otro”. Y eso fue lo que hizo fray Pedro de Córdoba a su llegada a Concepción de la Vega, eligió sentarse en un banco en lugar del púlpito para dirigirse a los indios. Se propusieron mantener y defender el pasado en todo lo que no tuviese relación con la religión:

Conservaron con amor las lenguas, conservaron los usos y costumbres cotidianos, si los creían indiferentes; adaptaron su enseñanza al temperamento y capacidades de los indios; llegaron a más: en los lugares de veneración de las viejas deidades elevaron sus santuarios más famosos (Ricard, 1986, p. 104).

Para llevar a cabo esta ingente tarea los religiosos tenían la necesidad de conocer la cultura del lugar. Era necesario conocer sus costumbres, su religión, su visión del mundo y sobre todo su lengua, para poder realizar una conversión masiva al cristianismo. Ante la posibilidad de que los frailes enseñaran castellano a los indios, no faltaron opiniones que trataron de poner trabas a esta decisión, argumentadas por un lado, con la incapacidad de los indios para aprenderlo; y por otro, la imposibilidad de los frailes dado el número tan reducido que había llegado y tan vasta la misión que tenían por delante.

Es indudable que entre los métodos de evangelización llevados a cabo por los dominicos está en un primer plano el aprendizaje de las lenguas nativas. Su interés por llevar la fe de Cristo a los habitantes de

las tierras conquistadas pasaba por una dedicación férrea al estudio y entendimiento de la lengua de los indios. Así pues, la evangelización y lengua son dos eslabones de la cadena que, a lo largo del siglo XVI, irá uniendo pueblos y culturas con el compromiso de la propagación de la fe y de la defensa de los derechos del indio.

Los conocimientos adquiridos no tardarán en ser reflejados en los libros, herramienta fundamental para lograr sus objetivos. Así es como nacieron las doctrinas, catecismos, sermonarios, traducciones del Evangelio y epístolas, vidas de santos, gramáticas, artes y demás manuales todos ellos en la lengua de los indios de los que se servirán en su trabajo diario como misioneros.

Ratifica este conocimiento profundo de la lengua Dávila Padilla (1625) al afirmar “Sabía el padre fray Pedro de Córdova muy bien aquella lengua de los indios de la Española”, pues solo así lograría en sus predicaciones convencerlos de la falsedad de los cultos que realizaban (p. 121).

Es conveniente recordar que, esta labor de aprendizaje de las lenguas indígenas para la evangelización, basada en trabajos en la lengua de los indios, había sido iniciada por los franciscanos y la continuarían los dominicos como así lo prueba la traducción del castellano al náhuatl de la *Doctrina cristiana para instrucción e información de los indios por manera de historia* realizada por los religiosos de la Orden de Predicadores que aparece en 1548 con el título *Doctrina cristiana en Lengua Española y Mexicana hecha por los religiosos de la orden de Santo Domingo*.

Cierre

Se puede concluir que gracias a la Iglesia y por extensión a las órdenes religiosas, en su empeño y labor de evangelización fundaron centros, realizaron una ingente labor de traducción de doctrinas, sermonarios, confesionarios y catecismos a las lenguas indígenas, crearon todo tipo de gramáticas y vocabularios que han servido para conocer y estudiar en profundidad muchas lenguas americanas.

Estos frailes contribuyeron en la expansión y conservación de las lenguas en su afán por difundir el cristianismo, si bien un buen número de traducciones se realizaron en náhuatl y otras lenguas mayoritarias sin que ello significara dejar de lado otras lenguas y dialectos minoritarios. Concretamente, la traducción de los catecismos resultó ser una labor complicada en la que influyeron numerosos factores y que obligó a los traductores a tomar decisiones acerca de qué términos debían traducirse, cuáles permanecerían en castellano y cuáles era necesario explicar u omitir.

El bagaje cultural que han dejado, especialmente en disciplinas como la lingüística, la traducción, la interpretación, entre otras, permite conocer la variedad de lenguas indígenas existentes en la época y a su vez reconocer el enorme esfuerzo que tuvieron que hacer por transmitir la fe cristiana en lenguas muy diferentes a la propia.

Igual que lo afirmaron otros autores, se puede decir que sin el soporte de intérpretes indígenas, Iglesia y españoles —que en cierta medida también formaron parte de la vida de los indígenas— difícilmente se habría logrado la hermandad entre los dos continentes, pues gracias a ellos se logró la estrecha sintonía que hubo entre el español y las lenguas indígenas evitando la supervivencia de uno en aras de la desaparición del otro.

A pesar de que muchas obras hayan desaparecido o sigan esperando en las bibliotecas de los conventos a ser descubiertas, se debe agradecer en especial a las órdenes religiosas y en particular a los dominicos, quienes en silencio siguen trabajando para que su obra “perdida” o “distribuida” a lo largo de los continentes sea conocida por todos y más pronto que tarde se ayude a difundirla.

Al igual que existen autores que admiten la santidad de fray Pedro de Córdoba, tales como Las Casas, Remesal, Juan López, Dávila Padilla, Nouel y tantos otros, quienes le atribuyen milagros en vida, nos unimos al parecer de M. Ángel Medina al considerar que el mayor milagro de Pedro de Córdoba “fue conseguir una comunidad unida, una comunidad de la que él fue la cabeza espiritual, logrando realizar perfectamente la forma de comunidad dominica, una comunidad defensora del indio, no un grupo de religiosos dentro de la comunidad, sino toda ella” (Medina, 1983, p. 121).

Por todo lo expuesto creemos que la *Doctrina* de fray Pedro de Córdoba es el reflejo de la experiencia evangelizadora. Logró mantenerse alejada de cualquier influencia o corriente europea; en definitiva, una síntesis de la fe católica y una reflexión teológica de los que, como él, un día decidieron salir de España rumbo a las tierras conquistadas para llevar la fe cristiana a los indios del lugar y “predicar la salvación de los naturales”.

Fray Pedro de Córdoba fue un comunicador e intérprete entre las diferentes culturas. De su espíritu evangelizador hizo arraigar una comunidad unida, una comunidad de la que él fue la cabeza espiritual, una comunidad en función de la predicación siempre atenta a las injusticias y en defensa del indígena.

Referencias

- Barinas, S. (1985). *Fray Pedro de Córdoba. Primer santo olvidado del Nuevo Mundo*. Santo Domingo, República Dominicana: Ed. Impresos de Calidad.
- Borges, P. (1960). *Métodos misionales en la cristianización de América, siglo XVI*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Departamento de Misionología Española. Biblioteca, “Missionalia Hispánica, XII.
- De Córdoba, P. (1945). *Doctrina Cristiana para instrucción e información de los indios por manera de historia*. Ciudad Trujillo: Ed. Facsímil y Moderna.
- Crespo, M. (1988). *Estudio histórico-teológico de la Doctrina Cristiana para instrucción e información de los indios por manera de historia de fray Pedro de Córdoba, O.P.* Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, S.A.
- Dávila, A. (1625). *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores*. Bruxelles: en casa de Ivan de Meerbeque. En línea: <https://books.google.es/>.
- De Mendieta, J. (2016). *Historia Eclesiástica Indiana*. Barcelona: Red Ediciones S.L.
- Fernández, P. (1994). *Los dominicos en el contexto de la primera evangelización de México 1526-1550*. Salamanca: Editorial San Esteban.
- Fita, F. (2006). Primeros años del Episcopado en América. En *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. En línea: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/primeros-aos-del-episcopado-en-amrica-0/>

- García, J. (1886). *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Primera parte: catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600: con biografías de autores y otras ilustraciones, precedido de una noticia acerca de la introducción de la imprenta en México*. México: Librería de Andrade y Morales, Sucesores.
- Medina, M. (1983). *Una comunidad al servicio del indio. La obra de Fr. Pedro de Córdoba, O.P. (1482-1521)*. Madrid: Instituto Pontificio de Teología.
- Otero, M., & Ferrer, M. (1990). *La dignidad del hombre en la Doctrina de fray Pedro de Córdoba*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra. En línea: <http://hdl.handle.net/10171/4852>
- Ricard, R. (1986). *La conquista espiritual de México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Salvador y Conde, J. (1946). *La doctrina española-mexicana de 1548*. Madrid: Missionalia Hispánica.
- Téllez, L. (1992). *Iberoamérica y sus inicios cristianoculturales*. Santafé de Bogotá: Ediciones Antropos Ltda.